



## CAPITULO II

---

Malas noticias.—Penalidades de las tropas.—La rendición de «El Mulato».—El teniente Berra.—El ex-cabo de la guardia civil don José Andujar.—El soldado Julián Cambra.—Desarme é incendio.—Nuestros soldados.—Combate de «Cerca de Piedra».—Crítica situación de la columna.—El teniente don Gustavo Rodriguez.—Brillante carga y dispersión del enemigo.—El comandante Tejerizo.—Persecución de los rebeldes.—Destrucción del campamento insurrecto.—Regreso á Santiago.—Varios detalles del combate.—Muertos y heridos.

---



NA série de noticias á cual más pesimistas, que produjeron en los ánimos una impresión profunda de disgusto, se recibieron en la Península el día 26.

La campaña, á causa de las lluvias torrenciales y el estado pantanoso de los caminos, se había hecho penosísima para nuestras sufridas tropas; la persecución de los rebeldes era de todo punto imposible, y el aprovisionamiento de los destacamentos que guarnecían los poblados y custodiaban los ingenios hacíase difícilísimo por las dificultades que ofrecía la conducción de los convoyes.

Nuestros pobres soldados sufrían grandes penalidades en sus marchas, por tener que caminar siempre con fango hasta la rodilla y haber de dormir sobre un suelo cenagoso cuya humedad atería sus miembros, pues para preservarse de ella solamente disponían de la

delgada manta, que la mayoría de las veces estaba completamente mojada.

Los oficiales tenían la ventrja sobre los pobres soldados de llevar hamaca para dormir y poder usar el impermeable, que les preservaba de la humedad y de la lluvia.

¿No sería altamente patriótico y humanitario que, en un país en



le salió al encuentro un grupo de insurrectos que le obligaron á seguirles... (pág. 553)

que tanto dinero se gasta en cosas supérfluas, estudiara el Gobierno la manera de proveer de impermeables á los soldados del ejército de operaciones en Cuba?

La salud es la vida, el vigor, la fuerza, la alegría... y, ella representa y significa para el soldado español, la victoria.

Sólo esta consideración debiera bastar para que el Gobierno cuidara más y se preocupara con solícito y patriótico afan de la salud de sus soldados.

Con ello, además, menguaría la cifra de los enfermos en la isla,

cosa muy digna de tenerse por todos conceptos en cuenta por nuestros gobernantes y estadistas.

Aparte estas noticias, que conturbados tenían todos los ánimos, trasmitiéonos el cable la desagradable nueva de haber sufrido nuestro ejército un sensible fracaso.

Dijose que la fuerza destacada en el poblado El Mulato se había rendido con armas al enemigo, sin oponer resistencia.

El Gobierno se decidió, por fin, á hacer público un despacho del general Martínez Campos, que trasmitía la noticia en los siguientes términos:

«En el poblado de Mulato, donde había un destacamento nuestro de veinte y cinco hombres, al mando de un teniente de la reserva llamado B..., presentáronse los insurrectos, sin que la fuerza leal opusiera resistencia.

Rendidos al enemigo y entregado el puesto con armas y municiones, se ignora si la fuerza regresó á Puerto Príncipe, distante ocho leguas de Mulato, ó desertaron...»

Dijose que el teniente habíase rendido á una fuerte partida insurrecta que mandaba Máximo Gómez, y aseguróse que el jefe del destacamento rendido había sido sometido á juicio sumarísimo y condenado á ser pasado por las armas.

A muy tristes comentarios dió lugar la desagradable noticia, pues á todo el mundo extrañó que se dejasen destacamentos tan pequeños ó reducidos, á largas distancias de las ciudades, sin condición alguna de defensa y rodeado por todas partes de montes firmes..

El destacamento que guarnecía el poblado de El Mulato estaba formado por veinte y cinco hombres de infantería, al mando de un teniente, y ocupaba un bohío y tienda bodega donde se albergaban los soldados encargados de los caballos que en tiempo de paz se mandaban desde Puerto Príncipe á aquellos potreros y montes.

Cuando por razón de la presente guerra se retiraron todos los puestos de la guardia civil, porque resultaban pequeños ó con escasa fuerza para poder defendirse de los ataques del enemigo, destinaron al destacamento de El Mulato veinte y cinco hombres mandados por un teniente.

Como único medio de defensa para un caso de ataque, hicieron un foso y clavaron una empalizada de postes y tablas frente á la casa-bohío que ocupaba la fuerza, y que era de guano.

Los otros lados estaban *naturalmente* resguardados con los árboles que lo circundaban.

Dijose que se proyectaba suprimir ese destacamento por inútil y peligroso para la fuerza allí destacada desde la invasión de la provincia por Máximo Gómez.

\*  
\* \* \*

El día 19 de Junio había en El Mulato una fuerza de veintiun soldados de infantería, tres guardias civiles y un segundo teniente, sin más clases que un soldado distinguido que hacía las veces de cabo.

El establecimiento ó tienda bodega inmediato al bohío que ocupaba el destacamento, era el que racionaba á la tropa y pertenecía á don José Andújar, natural de Extremadura, cabo segundo de la guardia civil, licenciado, y á la sazón teniente de voluntarios.

Dirigióse á caballo á Puerto Príncipe, el indicado día 19, el vecino de Magarabomba don Francisco Vara, cuando al hallarse entre El Mulato y Caobillas, le salió al encuentro un grupo de insurrectos que le obligaron á seguirles y lo condujeron á presencia de su *generalísimo*.

—¿Dónde va usted—preguntó Máximo Gómez.

—A Puerto Príncipe—contestó Vara.

—Pues hay que cambiar de ruta, porque necesito de V. un servicio. Lléguese á El Mulato y dígame de mi parte al teniente que manda el destacamento, que le doy un cuarto de hora de término para que se rinda con su gente y entregue las armas.

El señor Vara dirigióse al poblado á cumplimentar la orden del jefe insurrecto.

Serían las cinco y media de la tarde cuando llegó á El Mulato y preguntó por el comandante del puesto.

—No está—le respondieron.

Y en efecto, el teniente se había ausentado y se hallaba en una tienda de un tal Castañeda, distante del poblado como medio kilómetro.

Entonces, el señor Vara expuso á los soldados la misión que allí le llevaba y comunicóles la orden que había encargado transmitir á su jefe, el *generalísimo* de los insurrectos.

Los soldados, al enterarse del mensaje que en nombre de Máximo Gómez les transmitiera su emisario, llamaron al señor Andujar, dueño del establecimiento contiguo y que abastecía al destacamento, y segundo teniente de voluntarios, como ya hemos dicho, y le enteraron de la orden ó intimación del jefe rebelde.

—Diga usted á Máximo Gómez—contestó el valiente Andujar—que los españoles no se rinden, y que si quiere las armas, puede venir cuando guste á arrancarlas de manos de los que sabrán defenderlas hasta morir.

Y volviéndose á los soldados, añadió:

—¡Muchachos, prepárense! echar cápsulas al suelo y disparar sin precipitarse á la voz de mando.

\* \* \*

En esa situación se hallaban los soldados, animados del mayor entusiasmo por las palabras de su jefe accidental y dispuestos á recibir á tiros al enemigo, cuando á los pocos minutos apareció otra vez el señor Vara.

—¡Alto! ¿Quién vive?—gritó el centinela del destacamento.

—¡Españal!—respondió Vara.

—¿Que se ofrece?—preguntóle Andujar al reconocerle.

—Me manda á decirles Máximo Gómez que no quiere derramamientos inútiles de sangre, y que les dá un nuevo término de cinco minutos para rendirse.

En aquel momento llegó el teniente jefe del destacamento y al enterarse de lo que ocurría manifestó al señor Vara que estaba dispuesto á rendirse por considerar una loca temeridad tratar de repeler al ataque de fuerzas tan numerosas, sin contar con elementos de defensa para correr siquiera el albur de salir airoso del combate, é inútil por tanto el sacrificio de sus soldados que forzosamente habían de sucumbir á la desigual y desproporcional fuerza numérica del enemigo, y cuyas vidas estaba obligado á defender y á no exponer en balde.

—No se rinda usted, mi teniente—objetó Andujar—todo está listo para la defensa, y no es tan bravo el tigre para que el león no se atreva con él.

En aquel instante, de un cercano y extenso pinar donde se ocultaban, salió la fuerza insurrecta en número de unos mil hombres los cuales avanzaron en grupo cerrado hacia el bohío que ocupaba el destacamento.

Próxima ya á la casa, Andujar gritó á los soldados.

—¡No se rindan; siganme á mí!

Pero la tropa, obedeciendo el mandato de su jefe, salió del bohío siguiendo á su teniente y entregaron las armas, municiones y correajes al jefe insurrecto.

Un soldado, llamado Julián Cambra, al ir á apoderarse de su fusil uno de los *mambises*, exclamó:

—¡Yo no rindo mi arma!

Y aseguida gritó con estentórea voz:

—¡Viva España!

—¡Cómo, patón!—interrumpiéronle los insurrectos arrojándose sobre él y desarmándole.

—Sí... ¡viva España!—repitió aquel valiente, forcejeando para desasirse de los que le sujetaban—y matarme si quereis. Yo no me rindo, me obligan.

—¿Quieren ustedes venir con nosotros?—preguntó el jefe insurrecto.

—¡Nunca!—gritaron los soldados—nosotros somos españoles y no traicionaremos jamás á la Madre patria.



GENERAL SUAREZ VALDÉS

\*  
\* \* \*

Después del desarme del destacamento, los insurrectos penetraron en el bohío y se apoderaron de más de 1.500 cápsulas y algunas man-

tas. Aunque había mas municiones, algunos soldados lograron esconderlas, así como un Maüser de un individuo enfermo que se hallaba en otro rancho inmediato.

Terminada la operación, los *mambises* pegaron fuego al bohío y á la tienda contigua, que ocupaba el destacamento, los cuales quedaron reducidos á escombros.

Consumada su obra se retiraron por el camino de Magarabomba, sin que se disparara ni un tiro en toda la operación.

Tan pronto desaparecieron los rebeldes, regresó al lugar del suceso el señor Andujar, que pudo escurrirse con su tercerola por entre las malezas y árboles que circundaban el bohío por la parte de atrás.

Interrogado algún tiempo después del suceso, el señor Andujar, por uno de nuestros corresponsales en el teatro de la guerra, acerca de la rendición del destacamento, le manifestó lo siguiente:

—Si la fuerza me sigue, todos se hubieran salvado con armas y municiones. El enemigo para llegar hasta nosotros por el sitio que yo me fuí, y por el que pudieron haberse escapado todos, tenía que cortar cinco cercas de alambres, porque el cuartón lo tenía yo dividido y cercado, y les hubiera sobrado tiempo para salvarse.

—¿Y á qué atribuyó usted la rendición del jefe del destacamento?

—Ni me lo expliqué entonces, ni he podido explicármela aún. Solamente la atribuí á su carácter y temperamento y al recuerdo de su mujer y sus seis hijos que residen en Jerez, y de los cuales era su único apoyo y sostén, para el cual les mandaba todos los meses sesenta pesos.

—Y los soldados ¿qué decían?

—Todos se manifestaron muy indignados ante la resolución de su jefe. Eran todos unos valientes, y decididos estaban á resistir el ataque del enemigo y defender hasta morir su puesto, pero la orden y la voz de su teniente les obligó á rendirse muy á pesar suyo.

—¿Que razones opuso á las objeciones que le hizo usted para que

no se rindiera ó al menos se escapara salvando así las armas y municiones?

—Dijome que la resistencia era temeraria é inútil por carecer de elementos para la defensa contra un enemigo cien veces superior en número; y muy preciosas y para él sagradas las vidas de sus soldados, para que inútilmente las sacrificara.

—¿Y respecto á su proposición de escaparse para librar al menos de que cayeran en poder del enemigo las armas y municiones de todo el destacamento?

—Objetome á su vez, que para él era más cobarde huir que rendirse, si de cobardía podia calificarse una rendición obligada por la fuerza de las circunstancias y de la situación.

—¿Cuánto perdió usted en el incendio de su tienda-bodega?

—Unos dos mil pesos; todo cuanto tenía, y gracias que hacia unos días había mandado á mi familia á la capital, porque si no, sabe Dios lo que hubiera sucedido, á causa de que esa gente me tienen muchas ganas desde la epoca en que merodeaba por aquí una partida de bandideros, á cuya persecución y muerte ó captura de algunos cooperé con la guardia civil, á cuyo benemérito cuerpo he pertenecido muchos años.

—¿Y cuándo dieron parte de lo ocurrido?

—Cuando yo regresé al poblado pregunté al señor Baccerra si había dado el parte, y como me contestase que para qué tenía que darlo teniendo que trasladarse con la fuerza á la capital á presentarse á sus jefes, lo hice yo en un papel cualquiera y lo mandé con un propio al comandante que residía en Magarabomba, señor Talavera.

\* \* \*

Al día siguiente trasladóse á Puerto Príncipe, en una carreta, la

fuerza desarmada, y el teniente señor Becerra en un caballo, que les facilitó el referido señor Andujar.

A las once de la mañana entraron en la ciudad y se presentaron en la Comandancia militar.

Inmediatamente fué puesto en prisión el señor Becerra é incoóse la correspondiente sumaria para cuya formación fué nombrado juez instructor el comandante don Jesús López de León, y secretario el teniente don José Subirana.

El comandante del puesto ó jefe del destacamento que guarnecía el poblado de El Mulato, y que se rindió con armas y sin oponer resistencia alguna á las fuerzas insurrectas del *generalísimo* de los insurrectos Máximo Gómez, llamábase don Antonio Becerra y Romero, nacido en Carmona, provincia de Sevilla, el día 9 de Agosto de 1850, y era hijo de don Tomás Becerra y Buiza y doña María Romero y Ortega.

Tanto él como los soldados de infantería á sus órdenes, que componían el destacamento, pertenecian á la tercera compañía del batallón de Zaragoza, cuyo comandante señor Talavera residia en Magarabomba.

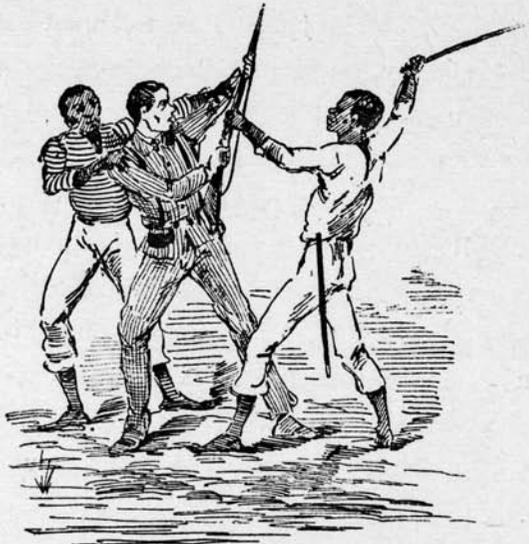
El ministro de la Guerra, manifestó que el teniente Becerra estaba en poder de las autoridades españolas, las cuales instruían la correspondiente sumaria.

Esta se siguió por el procedimiento ordinario, y de la información de los hechos resultó muy atenuada la responsabilidad que en los primeros momentos se había atribuído á dicho oficial, siendo inexacto que se rindiera sin resistencia, y apareciendo que únicamente había cometido una falta de poca importancia, que no podía ser castigada con la terrible pena que se había supuesto.

El general Azcárraga dijo, finalmente, que el susodicho teniente Becerra se había rendido á los insurrectos, después de agotados todos los medios de defensa, y viéndose dominado por fuerzas mucho mayores que las que él mandaba.

Estas noticias ó informes del digno ministro de la Corona, causaron el mejor efecto en la opinión, por redundar en honor de nuestro ejército, y de uno de sus valientes oficiales, cuya supuesta conducta deploraban todos, por las tristes consecuencias que para él y su desgraciada y numerosa familia había de tener.

Referencias particulares disminuyeron también mucho la impor-

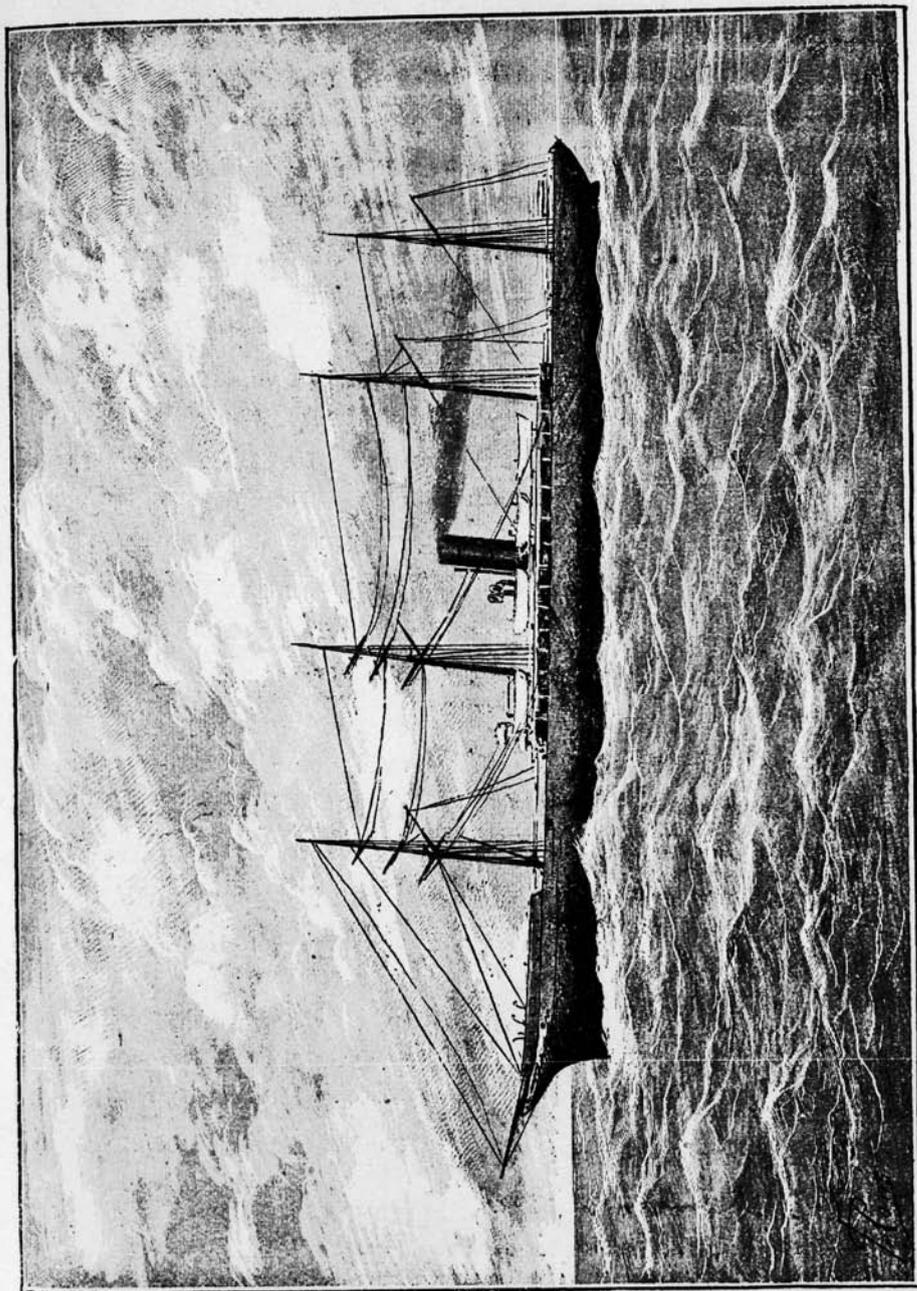


—¡Yo no rindo mi arma! (pág. 556)

tancia de la rendición llevada á cabo por el teniente Becerra en El Mulato.

Desde luego supose que en aquel punto no existía fuerte alguno, circunstancia que, considerada militarmente, despojó al hecho de determinados caracteres de gravedad, severamente castigado en el ejército.

Además, las condiciones del lugar en que se hallaba el teniente Becerra, la misión que en el le retenía, el escaso número de hombres



«VAPOR TRASATLÁNTICO ALFONSO XII»

que mandaba y lo crecido, en cambio, de enemigos que le obligaron á la rendición, constituían, al parecer, otras tantas circunstancias atenuantes, que todo español deseó se confirmasen por la vida y por el buen nombre del mencionado oficial, y por el honor del ejército de la Nación.



Acerca del combate librado en las inmediaciones de Santiago de Cuba, entre las fuerzas que guarnecían la capital del departamento Oriental y la partida rebelde que merodeaba aquellos contornos y tenía poco menos que bloqueada la ciudad, impidiendo la entrada del ganado destinado al consumo, nos comunicó nuestro celoso corresponsal en Santiago, los detalles siguientes:

A consecuencia de haberse apoderado los insurrectos el día anterior y otros, de las reses que se conducían á la ciudad para su consumo, dispuso la autoridad militar que al amanecer del día 29 saliese de la plaza una columna de sesenta infantes y diez y seis soldados, al mando de un capitán, á fin de que protegiesen la traída del ganado para el consumo público, y hiciesen á la vez el forraje para las acémilas de la guarnición.

Al alborear el día salió dicha fuerza de la ciudad y al llegar al punto nominado «Cerca de Piedra», en el camino de Bayamo, distante una legua escasa de la capital, el enemigo que estaba emboscado en la frondosidad de la manigua, dejó pasar la vanguardia y centro de la pequeña columna, y al tener á tiro á la retaguardia, rompió sobre ella por ambos lados del camino un nutrido y horrible fuego, con tan mala suerte para nuestras desprevénidas tropas, que á las primeras descargas

les ocasionaron siete heridos, dos de ellos de tal gravedad que murieron dos horas después.

La sorprendida fuerza sostuvo con el valor y serenidad propio y peculiar del soldado español aquel infernal fuego, encerrada en el callejón, así puede llamarse el estrecho camino que recorría, y en que se encontraba.

Uno de los peones que iba á buscar el ganado, volvió á escape á la ciudad y dió conocimiento del hecho á las autoridades.

Inmediatamente se dispuso la salida de los ciento setenta hombres que procedentes de la brigada disciplinaria de Mahón habían llegado dos días antes, y veinte caballos del primer escuadrón del regimiento de caballería de Hernán Cortés.

Del mando de esta fuerza se hizo cargo el bizarro comandante don José Tejerizo, que tanto se distinguiera días antes en la acción de Ramón Yaguas.

\* \* \*

Los veinte caballos de Hernán Cortés se adelantaron á los infantes de Mahón, llegando al campo de la acción en momentos muy críticos para sus compañeros de armas, pues los insurrectos en número considerable y diez veces superior habían salido ya al camino y cargaban al machete sobre la infantería, que no podía revolverse en el estrecho callejón en que se hallaba encajonada.

Nuestra caballería, llevando al frente al bravo teniente don Gustavo Rodríguez, cargó con ímpetu tal y cayó sobre la masa de insurrectos con tal irresistible furia y coraje que á los pocos momentos huían éstos hácia el puerto de Bayamo, y nuestros soldados se veían libres de aquella horda de salvajes y de sus terribles machetes.

Minutos después llegó el comandante referido con la fuerza de la brigada disciplinaria y unido á toda la caballería, emprendió la persecución del enemigo hasta el pié del puerto de Bayamo.

Durante la marcha fué hostilizado por los insurrectos cuatro veces, dos por retaguardia, una por vanguardia y la otra por el flanco derecho.

En el punto llamado «Mabos», pequeña ranchería situada cerca del puerto de Bayamo, encontró dos grandes *pailas*, en las que se estaba



Los soldados formaban vistosos grupos... (pág. 571)

cciendo el rancho para los *mambises*, los cuales tuvieron de abandonarlas en su precipitada huida. Ambas fueron destruidas por nuestros soldados, los cuales se apoderaron, además, de cinco hamacas de tela blanca, llenas de sangre, y cuatro caballos, tres con monturas y uno sólo con el freno, que aquellos habían abandonado también al levantar el campamento.

Disperso ya el enemigo, y en vista de lo avanzado de la hora y el estado de cansancio y fatiga de la tropa, que aún estaba sin almorzar,

á pesar de ser ya la una de la tarde, el jefe de la columna dispuso el regreso á la capital, sin haber sido molestado durante él, en lo más mínimo, por el enemigo.

\* \* \*

Durante la persecución de los rebeldes por la columna, el comandante señor Tejerizo, en previsión de lo que pudiera acontecer, ordenó que veinte hombres al mando de un oficial ocupase un bohío que había inmediato al camino, y en él tomase posiciones.

El enemigo, á su vez, pensó también ocuparlo, sin percatarse de la operación realizada por nuestras tropas, en cumplimiento de la previsora orden de su jefe; pero al intentarlo, la fuerza apostada dejó que se acercara sin hostilizarle, y cuando estuvo á corta distancia recibió á descargas cerradas, obligándole á huir y ocasionándole dos muertos que abandonó, y varios heridos que pudo retirar.

Según noticias adquiridas después en la ranchería de «Maoba», los insurrectos pasaron por allí, conduciendo un muerto y seis heridos, creyéndose con algún fundamento por los rastros de sangre que se encontraron en todo el trayecto recorrido por nuestras tropas, que debieron sufrir más bajas, las cuales pudieron retirar por otras direcciones.

La columna hubo de lamentar la muerte de dos soldados y cinco heridos.

Los nombres de nuestros valientes soldados que fueron baja, son los siguientes:

Camilo Canales, soldado del primer escuadrón de caballería de Hernán Cortés; muerto.

José Iglesias Seijo, de la segunda compañía del primer batallón de Cuba; muerto.

Jesús Fernández González, de la quinta compañía del noveno peninsular; dos heridas de bala, una en el brazo derecho y otra en la pierna izquierda, muy grave.

Manuel Maroto Cols, del primer escuadrón de Hernán Cortés; herido de bala en el índice de la mano izquierda, grave.

Eladio Olavarieta Corbeja, de la brigada de transportes de Administración militar; dos heridas de bala en ambos muslos, grave.

Andrés Fuentes Roldán, de la misma; herida leve.

Joaquín Garcés Salvador, del primer escuadrón de Hernán Cortés; herida leve.

Además, resultaron heridos los paisanos don José Grilo y don Antonio Pereira Castro, el primero gravemente y el segundo que falleció al ingresar en el Hospital civil.

\* \* \*

Los oficiales que acompañaron al comandante señor Tejerizo en la referida acción, fueron el capitán ayudante del general Garrich, señor Rodríguez; el teniente ayudante del general Salcedo, señor Montilla; el teniente de artillería de á pié, señor Muñoz; y los tenientes de caballería de Hernán Cortés, señores Rodríguez, Guerrero y Caballero.

Se distinguieron muy especialmente los dos ayudantes y el teniente señor Rodríguez, y se hicieron referencias muy halagüeñas respecto á las acertadas disposiciones y serenidad del jefe de la columna, comandante señor Tejerizo, el cual pudo contar con un nuevo triunfo en su brillante historial militar.

La acción de «Cerca de Piedra», si bien no tuvo gran importancia militar, alcanzó alguna notoriedad por la circunstancia de haber tenido lugar muy cerca de la capital de Santisgo de Cuba, cuyos habitantes

oían los disparos desde sus casas y desde las calles de la población, en la cual reinó gran alarma é inquietud durante la ausencia de la guarnición; alarma que aumentó consideradamente cuando al regreso de la columna atravesó ésta las calles conduciendo los muertos y heridos en camillas, y obtuvo, además, muy buenos resultados para la tranquilidad de la capital del departamento Oriental, que desde aquel día vió libre de insurrectos sus inmediaciones y pudo abastecerse sin contratiempo ni contrariedad alguna.

